

Los tres romances *La Niñez*, *La Juventud* y *La Vejez*, nos hacen desear que el autor se dedique á este género de composicion, exclusivamente española. En él, más que en otro alguno, brillan las gracias del lenguaje: las repeticiones, los contrastes y la armonía de una versificación fácil y natural son las dotes propias de este metro, que se apropia maravillosamente á toda especie de asuntos. El señor TAPIA lo emplea en consideraciones filosóficas y morales, siguiendo el ejemplo de nuestros antiguos poetas, entre ellos Lope de Vega; y las embellece, acomodándolas con mucha felicidad á las formas poéticas del romance.

En el primero, despues de describir al niño que quiere coger la mariposa fugitiva, ó el iris que se desvanece ante la vista, exclama:

«Tales son, niño inocente,
Todas las venturas nuestras:
Mudables como la luna,
Como el viento pasajeras.»

La imágen del niño, que compite en la carrera con el corderillo, es muy propia de este género, y al mismo tiempo original.

El razonamiento del anciano en el romance de *La Vejez*, está lleno de gravedad y unción; los últimos versos son excelentes:

«Tal fué del hombre inocente
En las primeras edades
La vida, cuando aún el oro
No compraba los pesares.»

El principio del romance al Sepulcro de Elisa es hermoso; pero esta composicion decae hácia el fin. Las descripciones que embellecen estas piecitas están hechas con mucha verdad:

«Reina el silencio en el campo;
Y apenas del aura leve
Al blando soplo las copas
De los árboles se mecen.....»

La armonía de estos versos es suave y sorda, como el silencio que quiere describir:

«Si de Abril pintas la noche,
Serena y cándida veo
La luna, que el ancho espacio
Va solitaria corriendo.»

Ni la lengua, ni el oído encuentran en estos versos ningun obstáculo. El arte de conformar la armonía con el pensamiento es el arte de los poetas.

Entre todas las poesías de esta coleccion, ningunas nos han agradado más que los romances; y sólo hemos sentido que sea tan corto su número. Nos parece que el autor los ha corregido con más esmero que las otras piezas.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE TAPIA.

Varias óperas y obras dramáticas, traducidas del francés en las mocedades de TAPIA, que merecieron los aplausos del público. Entre ellas la tragedia *Agamemnon*, de Lemercier, representada con éxito extraordinario, en 1800, por Isidoro Máiquez.

Varias sátiras políticas, escritas en Cádiz, que no se incluyeron despues en las *Poesías de Tapia*.

Historia de la civilización española desde la invasión de los árabes hasta la época presente. Madrid, en la imprenta de Yenes, 1840. Cuatro tomos en 8.º

Febrero Novísimo. Valencia, 1828 y 1829. Diez tomos en 4.º

Manual de práctica forense. Un tomo en 8.º

Manual de inventarios y particion de herencias. Un tomo en 8.º

Prontuario de testamentos y contratos. Dos tomos en 8.º

Elementos de jurisprudencia mercantil. Dos tomos en 8.º mayor.

Cartas á Sofia, en prosa y verso, sobre la física

la química y la historia natural, traducidas del francés. Cuatro tomos en 8.º

Guía de la infancia, ó lecciones amenas é instructivas. Un tomo en 8.º

Discurso histórico-crítico sobre la decadencia del imperio musulman en España, y restauracion política de la monarquía castellana. Un cuaderno en 8.º

Poesías. Madrid, 1832. Dos tomos en 8.º El tomo primero comprende las poesías líricas y satíricas, y la tragedia traducida *Agamemnon*. El segundo tomo las comedias originales *La Madrastra* y *Amar desconfiando* ó *La Soltera suspicaz*. En la primera edicion de las poesías de TAPIA (1821), hay cinco composiciones (*Las Navidades*, *La Envidia literaria*, *La Muerte de la Inquisicion*, *El Censor angustiado*, *Tonadilla á duo*, que el autor no juzgó conveniente incluir en la edicion de 1832). Tampoco incluyó en ella el romance satírico *El Hombre de dos caras*, publicado en los *Ensayos satíricos* que dió á luz en 1820 (Imprenta Nacional) con el seudónimo *El Licenciado Machuca*.

La Bruja, el Duende y la Inquisicion, poema romántico burlesco, y otras composiciones satíricas. Este libro se publicó en Madrid con el seudónimo *don Valentin del Mazo y Correa*.

Viaje de un curioso por Madrid. Un folleto en 8.º
Los cortesanos y la revolucion, novela de costumbres. Madrid, 1838. Dos tomos en 12.º

El Hijo predilecto ó la parcialidad de una madre, comedia en cuatro actos y en verso. Fué impresa en 1839. No se ha representado.

Oda al Excelentísimo señor don Nicolás de Azara. Se imprimió en el *Semanario Pintoresco*.

Oda al Excelentísimo señor don Manuel José Quintana. Se imprimió en la *Corona Poética* que se repartió el día de la coronacion de aquel ilustre poeta.

Tratado de la educacion de las niñas, y *Manual de lectura para las mismas*, por M.^{me} Campan. Obra premiada por la Academia Francesa, y traducida por DON EUGENIO DE TAPIA y don Juan Nicasio Gallego. Dos tomos en 8.º

Contestacion á un artículo de Mr. Durrieu, inserto en la *Revue des Deux Mondes*, sobre la HISTORIA DE LA CIVILIZACION ESPAÑOLA. Se imprimió á continuacion de la *Biografía* de TAPIA. Madrid, 1856.

El Talisman ó Ricardo en Palestina, novela de Walter Scott. Traducida por DON EUGENIO DE TAPIA y don Juan Nicasio Gallego. Tres tomos en 8.º

Un falso novio y una niña inexperta, comedia original en tres actos y en verso. Se imprimió á continuacion de la *Biografía* de TAPIA. 1859.

POESÍAS.

SÁTIRAS.

I.

EL SÓRDIDO INTERES.

Basta, basta, Camilo; no te empeñes
En hacerme escribir contra los vicios;
De censurar el arte no me enseñes.

¡Yo satírico? ¡Guarda! Mil perjuicios
Pudiera ocasionarme esta osadía,
En vez de tus soñados beneficios.

¡Y porque yo declame, ó burlon ría,
Se han de enmendar los necios y malvados,
Cediendo á la razon? ¡Qué bobería!

Nuestros males están muy arraigados;
Nadie quiere, además, ponerse en cura;
Con que, son los remedios excusados.

Jamas tendrá pudor ni compostura
Belisa, que en el coche va ostentando
De su turgente pecho la blancura.

Ni aunque un siglo esté yo satirizando,
Sus deudas pagará Licinio el noble,
Por más que á su acreedor ve mendigando.

Es el viciado corazón de roble,
Y aunque le saje sátira punzante,
No hay que esperar que á la razon se doble.

¡Y cuál sátira, di, será bastante
A lanzar con vigor del pecho humano
El sórdido interes?..... Con el brillante

Metal del Potosí compra un anciano
Rugoso, temblador, la virgen bella,
Cuyo pecho el amor abrasa en vano.

Véndela el padre vil; van en pos de ella
Al profanado altar el empachoso
Tedio, la enemistad. ¡Oh dura estrella!

No en tus brazos, Florinda, el cariñoso
Infante sonreirá, ni el nombre tierno
De padre oírá jamas tu yerto esposo.
¡Qué noches; ay! el aterido invierno
Te guarda! Sin amor, atormentada
De tu verdugo y celador eterno.

No pára aquí tu mal; con voz cascada
Te hablará el ochenton de sus amores,
Te asordará su tos acatarrada.

Querrá mimarte..... ¡Oh sandio! no desdores
Tan amable beldad; ¡secos sarmientos
Cuándo viste enlazar con frescas flores?

No pugnan entre sí los elementos
Con tal contrariedad, cual tú y Florinda,
Que me penetra ya con sus lamentos.

Su faz, en otro tiempo alegre y linda,
Por tu causa, tirano, amarillea,
¡Y quieres que á tu amor dócil se rinda?

La discordia ¡ay de tí! sopla su tea
En el lecho nupcial, y los vecinos
Oyen á media noche tu pelea.

¡Oh cuánta vocería y desatinos
Lanzas por esa boca desdentada
Contra aquellos dos soles peregrinos!

Florinda, al fin, de tu rigor cansada,
No pudiendo sufrir ultraje tanto,
De sus padres se acoge á la morada,

Y á sus piés jura con amargo llanto
Mil muertes preferir á tu presencia:
Tal es su indignacion y tal su espanto.

Así el vil interes con su influencia
Profana escandaloso, y amancilla
Del matrimonio santo la excelencia.

No ménos murmurar hace en la villa
Tu litigio, marqués, interminable,
Perpétuo manantial de odio y rencilla.

¡A tu hermano, pupilo y miserable,

Robar pretendes la paterna hacienda?
¡Oh corazón de roca inexorable!
Porque tu campo ó tu olivar se extienda
Algunas varas más, ¡hombre insensato!
¡Mueves contra tu hermano tal contienda?
Y luego esa ambición, ese boato
Caerá en la estrecha y pavorosa tumba,
Do los insectos te darán buen trato.
Ni por ésas, Camilo; ni la zumba
Ni el sermón más patético hacen mella
En quien tras de este vicio se derrumba,
Conciencia, honor y todo lo atropella;
Ya lo ves en don Cosme, el usurero,
Cómo á su triste prójimo desuella.
Y eso que cree en el juicio venidero,
Y cargan en su espalda ochenta abriles,
Y el asma se le sube hasta el gargüero.
Dados tiene á interés algunos miles,
Mas ¡qué interés! ¡Oh Dios! Ciento por ciento;
¡Y no le agarran ya cien alguaciles?
Miser el labrador y macilento
Va á su tienda fatal, mejor diría
Guarida donde Caco hizo su asiento;
Cuéntale sus desgracias, la sequía
Que del año anterior perdió las mieses,
Y el fuego que ha arruinado su alquería.
Necesita sembrar, por cuatro meses
Busca dinero á préstamo; otro modo
No halla de resarcir tantos reveses.
«Yo te remediaré; malo está todo,
Dice el ladrón, los tiempos son fatales,
Circula poca plata. ¡Qué período
» Tan largo de inacción!.... Pero mil reales
Te prestaré con su hipoteca al canto,
Y volviéndome al mes dos mil cabales;
» Yo no sé quién hoy día haga otro tanto;
Mas mi pecho se ablanda como cera
Cuando oigo de mi prójimo un quebranto.»
Arde en coraje el rústico, y quisiera
Ahogar entre sus brazos al malvado
Que insulta á la virtud de esta manera;
Mas le reporta su infeliz estado;
Pide rebaja en la monstruosa usura,
Y ofrece en hipoteca su ganado.
Nada consigue; el mercader le jura
Que no puede hacer más. Ya la paciencia
Pierde el agricultor. «Alma tan dura
» Como las rocas, dice, en penitencia
Haga Dios que mendigues afanoso,
Y caridad no encuentres ni clemencia.....»
Mas ¡qué diré del tráfico horroroso
Que hace de sangre humana el europeo
En el suelo del África ardoroso?
Zarpa la nave, ¡ay Dios! llena la vea
De negros infelices; sus gargantas
El hierro oprime; en su semblante leo
La pena atroz que los consume. ¡Oh cuántas
Amargas horas en el suelo indiano
Verán correr los tristes! ¡No te espantas,
¡Oh morador de Europa! tú, que humano
Osas llamarte cuando vil codicia
Te hace ser insensible con tu hermano?
Y no encubrir pretendas tu injusticia
De religión con el mentido velo,
Mezclando la impiedad con la avaricia.
La santa religión, hija del cielo,
A maltratar, á esclavizar no enseña,
Sino á sembrar el bien y á dar consuelo.
Como á bestia de carga se domeña
Al negro desdichado, y se le trata
Cual si de bronce fuese ó dura peña.
¡Oh sed abominable de la plata!
El hombre codicioso, por saciarte,
Ni la virtud ni el pundonor acata.
¡Quieres que más escándalos ensarte,
Camilo? No acabara en todo el día,
Ni hiciera más al fin que molestarte.
Harta pena en sí lleva el alma fría,
Que cebada con ansia en el vil oro,
No conoce la paz ni la alegría,
Y su mayor verdugo es su tesoro.

II.

LA HOLGAZANERÍA.

«¡Oh qué regalo! el haragán exclama,
Es levantarse tarde, ir á los toros,
Comer luego en la fonda, en el teatro
Y en los bailes pasar la noche entera,
Y nada trabajar en todo el día.
Ésta la vida fué del siglo de oro,
Comer, beber, tenderse á la bartola,
O correr en el bosque tras las ninfas;
A fe que no eran bobos nuestros padres.»
No lo extrañes, Fabian, los arroyuelos
Diz que manaban leche, miel sabrosa
Las robustas encinas, donde quiera
La tierra liberal les daba frutos,
Y sin llevar bolsillo, en todas partes
Cual cuerpo de sultán se regalaban.
Mas ahora no es así; la madre tierra
No da frutos de balde, las encinas
Sólo llevan bellota, y los arroyos
Brindan con agua clara, no con leche.
La miel dinero cuesta, sin dinero
No da la rubia Ceres sus espigas,
Y todo, todo al fin cuesta dinero.
Preciso es trabajar para adquirirle,
Beneficiar la mina, arar la tierra,
Correr los anchos mares comerciando,
Hilar, tejer, en la encendida fragua
Derretir los metales.... ¡Qué me canso!
Si no eres mayorazgo, y comer quieres,
Por fuerza has de remar, pese á tu cuerpo.
¡Te amarga la lección? Vuelve la vista,
Mira á un hidalgo, que hermanados lleva
El don y el hambre. ¡Desdichado mozo!
Nació tarde, paciencia, no es su culpa.
Llévose el primogénito la casa,
Un huerto, un olivar, y él quedó asperges.
Hogar tan sólo y murmurar le gusta,
Y contemplar su rancia ejecutoria.
Ofrecele el blason punzantes chuzos
(¡Para su hambre canina mal agüero!)
Y cajas, y banderas y cañones,
Y por remate un ave de rapiña;
¡Linda menestra á fe para un convite!
Cual lobo hambriento el infeliz aulla,
Y de sus flacos hombros ya raida
Cuelga la capa en desiguales puntas,
Y triste amarillez su rostro afea.
Mira, por el contrario, ¡qué robusto
Y alegre el labrador coge las mieses
Debidas á su afán! Hermosa prole
Cércale en torno, y la aplicada esposa
Mesa abundante y limpia le prepara.
Mesa envidiada por el guapo Estéban,
Que un cigarro fumó por desayuno,
Y con Curro el torero la mañana
Invirtió en disputar si entró el estoque
Por medio de la cruz, ó al lado izquierdo
Se inclinó cuatro líneas. ¡Oh destreza!
¡Oh pícaro afición! Por tí reposan
El día de labor los menestrales,
Y de media semana las ganancias
Dejan en la taberna y el tendido,
Y ayunan la otra media. Enhorabuena
El afanoso inglés nos aventaje
En industria y comercio, y nuestras lanas
Luego nos venda en paño convertidas,
Con céntupla ganancia. ¡Eso qué importa,
Si tú tendido en el mullido lecho
Duermes de media noche á medio día,
Y luego más en regalada siesta?
Duermes tranquilo, y sueñas que en tu patria
Ríos de plata en abundancia corren,
Que en profusión la tierra mana frutos,
Y que á todos nos hace mayorazgos.
(¡Así fuera verdad!) Con esta idea
Tiéneste por señor, y al extranjero
Miras cual ganapan, que destinado
A servirnos está. ¡Mozo inexperto!
Si tu grata ilusión no desvanece

El tropel de mendigos que te acosa
Donde quiera que vas, torna la vista
A esa larga cadena de infelices
Que al africano suelo van forzados.
Pregunta sus delitos. Ese joven
Mimado, te dirán, no aprendió oficio,
Dióse á tahir, y con sutil destreza
Los naipes al tallar escamotaba,
Y por él cien familias se arruinaron.
Aquel otro haragán y vagabundo,
De ánimo audaz y de rapantes uñas,
En los grandes concursos, de un bolsillo
Calaba el fondo, y con marcial llaneza
Trasladaba á su bolsa el oro ajeno.
Aun más infame aquél, tráfico hacia
Del honor conyugal.... Mas corre, oh Musa,
El velo del pudor sobre este crimen,
Que abortó para mengua del humano
La torpe ociosidad.... De ella son hijos
El fraude inicuo, y el amor impuro
Y la ciega ignorancia. Aquel Narciso,
Que de fino se precia y caballero,
Si dónde está Marruecos le preguntas,
Junto á Pekin, dirá; mas no es preciso
Tan léjos acudir; di que en el mapa
Te señale á Valencia, y si no pone
El dedo en Portugal, que ardan mis libros.
Pero si luego á murmurar le brindas,
Verás qué erudición y qué sultura
De lengua tiene; el penetrante dardo
No tan rápido va cortando el viento.
Tajos acá y allá sin duelo tira,
Mil honras caen á los primeros golpes;
No hay deudo ni amistad que le contenga,
Ni á tu virtud, Narcisa, acrisolada
Perdona su furor: falsa, gatzmoña
Dice que es tu modestia, y que á escondidas
Prestas oído al seductor infame.

III.

LOS TOROS.

No me hables de Lóndres,
De Roma y París,
Que toros no lidian
Los hombres allí.
¡Dichoso el que puede
Gozar en Madrid
Funcion tan gloriosa,
Que empieza en Abril
El lunes se huelga,
¡Qué grato vivirl!
Se come, se monta
En un calesin,
Y al circo volando
Van ciento, dos mil.
¡Qué ruido á la entrada!
¡Qué hirviente bullir,
Cual reses que salen
De estrecho redil!
Empieza el despejo
Con pompa gentil,
Y corre la plebe,
Famélica y ruin,
Cual huye acosado
Feroz jabali;
Ya limpia la arena,
Se ve concurrir
Del plácido Bétis
Y el claro Genil,
Vistosa cuadrilla
Dispuesta á morir.
Tomando la vénia
Del jefe civil,
Que manda la plaza,
Se apresta á la lid.
Ya va con la llave

Él quiso serlo, ¡vill! y despreciado,
Con la calumnia atroz vengarse intenta.
¡Oh pundonor antiguo castellano!
¿Dónde te ocultas? Defender las damas,
Blandir la lanza; acometer al moro,
Y de la patria acrecentar la gloria,
Tal fué la ocupación de nuestros padres.
No en vergonzosa ociosidad sumidos
Guerra de alevos al honor hacían,
Ni con los torpes vicios infestados,
El seno de la patria laceraban;
Mas sus nietos, impávidos corriendo
Del garito al burdel, de fonda en fonda,
Consumen sin honor la pingüe herencia
Que costó tanto afán á sus mayores.
Consúmenla, trampean; no hay amigo
Que no lleve un petardo; todos huyen
De su lengua falaz escarmentados.
Pide más la manceba; no hay qué darle,
Y ella entónces, esquivada y burladora,
A otro incauto se entrega y le despluma.
Huyamos de esa turba, caro amigo,
A la tierra del vasco laborioso,
Donde en rústico hogar la virtud mora.
Allí verás al labrador honrado
Con incansable afán colmar la tierra
De opimos frutos; si con él comparas
A esos hijos ociosos del deleite,
Endebles y raquíticos, ¡la risa
Podrás acaso contener? ¡Has visto
Entre débiles mimbres alto chopo
Cubrir el río con sus anchas ramas,
Y á la avenida rápida y profunda
Serenamente resistir? Así el membrudo
Labrador aventaja á esos pigmeos
Que cual traviesos monos de la Libia
En jugar y comer la vida emplean.

El listo alguacil,
Le silban, y corre,
Y excita el reir.
Se da la señal,
Y suena el clarín,
Y se abre la puerta
Del hondo toril.
El toro se arroja
Furioso á embestir
Cual rayo que lanza
Tronante fusil.
Sevilla el valiente
Le espera al salir,
La pica enristrada
Cual bravo adalid.
Al bote primero
Clavó en la cerviz
El hierro, y la fiera
Cedió sin herir.
¡Qué aplauso! No he visto
Mayor frenesí.
¿Qué valen las glorias
Antiguas del Cid?
Mas ¡ay! que el segundo,
Cual torpe aprendiz,
Ha errado la vara,
Y piensa en huir.
El toro acomete;
¡Ay pobre de tí!
En vano te agarras
Ansioso á la crin.
El útil caballo
Inerte, infeliz,
Espira sangriento
En trágico fin;
Y tú á las cornadas
Ya temes morir,
Llamando á la Virgen
Y al santo Crispín,

No tiembles, que Montes,
Serenamente gentil,
Tendió ya su capa
Color carmesí.
El toro te deja,
Y corre al carmin,
Y burlale Montes
Con mágico ardid.
Entónces te mueves,
Mirando al cenit,
Como una tortuga,
Matón baladí.
Te ayudan, y tornas
Pesado á subir
En otro caballo
Más ético y vil.
En tanto Sevilla,
Como á un maniquí,
Revuelve su jaco
De ardiente nariz.
El toro hace frente,
Escarba, y así
Se miran, se amagan;
¡Oh sabio Merlin!
Aquí de un encanto,
Si no, el adalid
Es víctima triste....
No en vano temí;
Venció como César
El toro malsin.
Caballo y jinete,
Cual tierno alhelí,
Sangrientos, postrados,
Rodando.... Acudid,
Pedestres toreros,
El riesgo está aquí.
Salvad á Sevilla,
Que va á sucumbir.
Le salvan, ¡qué gloria!

Perece el rocin,
Que en una tahona
Pudiera servir.
Dos nuevos caballos....
¡Qué flacos venis!
Son galgos, no pueden
¡Ay, Dios! resistir.
Murieron; van cuatro.....
¡Aun otros pedís?
¡Oh gente más dura
Que el toro Selin!
Ya basta; allá vuela,
Cual rauda neblí,
Con dos banderillas
El diestro *Joaquín*.
Al toro de frente
Provoca á la lid,
Y parte la fiera,
Cual rayo, á embestir.
El hierro punzante
Se clava; aplaudid,
Que el toro da brincos
Como un volatin.
Detras le persigue
Ligero andarín,
Que clava en las nalgas
El dardo sutil.
Mas ya toca á muerte
El ronco clarín;
Con capa y estoque,
Ufano de sí,
Al triunfo glorioso
Va el jaque. Pedid
Que el cielo le ampare;
¡Oh, buen matachín!
La suerte es adversa,
Erraste, infeliz;
A un lado el estoque,
Como un espadín,
Pusi-te.... ¡Qué silbos!
Te llaman servil;
Es voz de la plebe,
Ladrar de mastín;
Ayer te aplaudía:
La plebe es así.
Te dan otra espada,
Y vuelves á herir;
Tropiezas en hueso,
Estás muy rocin;
Degüellas al cabo
En torpe deslíz
Al toro; *requiescat*,
Tú logras vivir.

No siempre es el toro
Un bravo animal;
Lo mismo sucede,
Hablando en verdad,

Al hombre; éste es manso,
Y aquél montaraz.
Hay toros que temen
La vara fatal,
Y nunca hacen frente,
Y huyendo se van.
Contra estos bastardos
Lo más eficaz
Es fuego; lo pide
El pueblo á la par,
Con voz tronadora
De fuerte gañán.
Los cohetes estallan,
Y el toro fugaz
Bramando, brincando
Da acá para allá,
Traspasa la valla,
¡Oh misero azar!
La turba de chulos
Y guapos, que está
Gozando de cerca
La lid racional,
Se aturde, se agolpa,
Ve al toro detras.
¡Dios mio, qué cuernos!
¡Qué aspecto infernal!
Abrid esa puerta,
Que va á destripar
Un ciento, y la patria
De luto estará.
Ya se abre, y el toro
Forzado á parar,
Al circo se torna,
Y allí con afán
De nuevo le punzan;
¡Encono bestial!
¡A un buey trata el hombre
Con tanta impiedad!
A veces demanda
La plebe locuaz
Los canes rabiosos
De fuego en lugar.
Dos perros de presa
Con ansia voraz
Se lanzan al toro,
Y en pos otro par.
La fiera hace frente,
Embiste, y un can
Herido en el aire
Se ve volrear.
En tanto los otros,
Con arte sagaz,
Se ciñen al cuerpo,
Y presa hacen ya.
Sacúdense el toro
Con fuerte bramar,
Y deja dos canes
Rendidos atras,

Y hiere al tercero,
Que duro y tenaz,
Asido á la oreja
No cede jamas.
El toro le huella,
Le punza, le da
Cien vueltas; en vano,
Parece inmortal.
Acuden los otros,
Se aferra al ijar
El uno, cual tigre
O lobo rapaz,
Y muerde, y la sangre
Comienza á brotar;
Y el duro colmillo
Parece un puñal.
El otro á la oreja
Con fiero ademán
Se tira, desgarrá;
Se ven centellar
Sus ojos, cual fuego
De ardiente volcan.
El toro, rendido,
No puede acornar,
Y brama, y de sangre
Le corre un raudal.
Entonces terminan
Su triste penar
La espada sangrienta,
Y el hierro auxiliar
Que clava en la nuca
El diestro oficial.
Sonoras esquilas
Se escuchan; mirad,
Tres mulas galanas
Corriendo á la par
Con sendos zagales,
Que corren aún más,
Se acercan, engancha
Del muerto animal
Los cuernos un joven
Membrudo y audaz.
El látigo estalla,
Y vuela el zagal,
Y brinda la plebe
Ruidosa y procaz.
Dejadme, ya basta,
Dejadme escapar;
No quiero más toros,
Que angustia me dan.
Pisando el caballo,
Sumiso y leal,
Sus propias entrañas,
¡Podré yo gozar?
Adios, compatriotas,
Me voy á Tetuan;
Más quiero ver monas,
Que toros matar.

Desemolso cual rico aristocrático,
Para ver y gozar en sillón cómodo
Los bellos dramas del ingenio tártaro.
Ayer hicieron uno fiero y lúgubre
En seis actos partido, y no eran párvulos,
Y del uno al siguiente en los intervalos
Se pudiera cenar; somos flemáticos.
Hubo decoraciones muy exóticas,
Noche de tempestad, truenos, relámpagos,
Convento, panteón, ruinas y cárceles,
Guerreros, brujas, capuchinos, cuáqueros.
Si quieres un bosquejo de la fábula,
No te le podrá dar, porque en mi cálculo,
Para un drama á lo menos y dos óperas
Sobraba material con aquel farrago.
¡Qué memoria pudiera al primer ímpetu
Abrazar aquel todo tan gigantesco,
Y luego en miniatura y en esdrújulos
Darte razón en tono didascálico?

IV. EL TEATRO.

No puedes figurarte, amado Próspero,
Cuánto me place el género dramático.
Cuando se anuncia al respetable público
Por la primera vez nuevo espectáculo,
Vuelo á tomar billete como el céfiro,
Aunque den apretones cien gaznapiros.
En especial si el drama es de los horribidos,
Que docta multitud llama románticos,
Compuesto por autor, cual Dumas célebre,
A quien sueles llamar galo-vandálico.
Seis reales de vellón gasto económico,
Si es la comedia de poeta clásico,
Que entonces los asientos semi-rústicos
Suelen estar desiertos como un páramo;
Empero tres pesetas sin escrupulo

Faltaban además orden y método,
Y el autor, que en las letras es anárquico,
Volaba á su placer con libre péñola
Sin motivar los incidentes rápidos.
Luego nos trasladaba en cambio súbito,
Cruzando cual fragata el mar Atlántico,
De un mundo al otro, y al hogar doméstico
Tornábamos ligeros como un pájaro.
Duraba la función seis años íntegros,
Se mezclaba lo cómico y lo trágico,
Hubo gritos horrendos, y yo, misero,
Saqué mi pobre chola como un cántaro.
Dicen que esto es sublime graves críticos,
Y quien lo afirma en tono más dogmático
Es aquel don Hermógenes filólogo,
Que ayer hablaba así.... ten calma y trágalo:
«Dichosa edad en que el ingenio intrépido
Corre sin trabas de la tierra el ámbito,
Y en el humano corazón metiéndose,
Las hirvientes pasiones mira extático.
Toma un suceso de leyenda gótica,
Y forma un drama aterrador, fantástico,
Que desde el Bétis al helado Vistula
Mueve y penetra con efecto mágico.
Ora se oye gemir doncella tímida,
Perseguida atrozmente por un bárbaro
Sin conciencia ni ley, raptor de vírgenes,
Más impuro y voraz que Sardanápalo;
Ora, cubierto con horrible máscara,
Un marido brutal derrama impávido
La sangre de su esposa, á quien despótico
Un rey colmó de honores en su tálamo.
Pero nada es igual en fuerza enérgica
A una Lucrecia de inmorales hábitos,
No como la romana que purísima
Abrió con el puñal su pecho cándido;
Estotra es furibunda cual Euménide,
Tan audaz y lasciva como un sátiro,
Que ama á su propio hijo con frenética
Incestuosa pasión.... ¡amor satánico!
Ella delira, trueno, tiene vértigos,
Y convida á un festín, y con vil ánimo
Da atroz veneno á los festivos huéspedes;
Y en medio de los brindis y los cánticos
Se ven aparecer horribles féroretos,
Rezando el miserere frailes pálidos
Que á bien morir ayudan. ¡Oh, qué tétrico
Estaba allí el autor, qué apotegmático!
Me horripilaba; en convulsion galvánica
Vi perecer lo menos ocho zánganos,
Y el mancebo querido, y la.... ¡qué término
Daré á esta furia del horrendo bárbaro?
¡Lucrecia atroz! que se levante Sófocles,
Y á aprender venga el colorido trágico.
Vosotros de otra edad, ingenios frígidos,
Más que en noche de Enero los carambanos,
Nunca supisteis con el metro armónico
Pintar horrores, desgarrar con bárbaro
Furor el tierno pecho. Esta es la cúspide
Del humano saber, ¡oh pobres clásicos!»
Así decía el sabio don Hermógenes,
Contra quien sueles tu censorio látigo,
Próspero, levantar, y cuya crítica
En tu docta opinión no vale un rábano.
Acuérdome del día en que impugnándole,
Con grande sorna, y con semblante placido,
«¡A qué pintarnos tan horrendos crímenes,
Dijiste, á qué excitar, genios misántropos,
Ardiendo en civil guerra la Península,
Pasiones fieras, é irritar los ánimos?
Más valiera purgar el suelo ibérico
De torpes vicios con ingenio cáustico,
Y esgrimiendo las armas del ridículo,
Zurrar bien la badana á tanto gárrulo;
Al necio que se precia de político,
Y se hace el sentencioso diplomático,
Sin saber jota del derecho público,
Ni de la historia patria un solo párrafo.
Azote duro al escritor hipócrita
Que en bastardo lenguaje galo-hispánico,
Ostenta libertad y amor patriótico,
Y todo es interés y amor metálico,

No faltará materia á cien satíricos
Para cebarse y divertir los ánimos,
Si quieren engolfarse en este piélagos
Que tienen tan revuelto los cismáticos.
Mas si un signo fatal, ¡oh musa cómica!
Te lanzó del salón escenográfico
Para siempre jamas, y quiere Júpiter
Que nos tornemos gótico-románticos;
No váyais á buscar, ingenios mímicos,
Que pensais escribir para los páparos,
Allá en el horizonte septentrónico
Sombras, horror, sangrientos espectáculos.
Aquí en el suelo hispano, tierra clásica
De amor y de portentos, tendrá pábulos
Constante vuestra musa. Aquí los árabes
Os darán mil asuntos más dramáticos.
Su tierno amor, sus orientales fábulas,
De un alcázar brillante el lujo asiático,
Donde las perlas y diamantes indicos
Brillan como lucero en cielo diáfano;
El noble pundonor de gente gótica,
Que en incesante afán siguiendo el lábaro
De la sagrada cruz, el sarracénico
Yugo destroza del emir fanático;
Los terribles encuentros, las frenéticas
Pasiones de dos pueblos antipáticos,
Ambos de ardiente corazón, intrépidos,
Duros, terribles, y á la par magnánimos;
Esto interesa más, genios prolíficos
Del Parnaso novel, que ese catálogo
De dramas novelescos soporíferos,
Que delirios semejan de somnábulo.»
Así, animado tú de amor patriótico,
Próspero, hablabas; y el congreso apático
Bostezaba al oír tus doctas máximas,
Como en largo sermón pueblo selvático.
No te canses, amigo: es fatal época;
Habrémos de sufrir penosos tártagos,
Aguantando en la escena hermafroditica
Monstruos de dos especies enigmáticos.
Verémos derramar, cual en patíbulo
De horrenda guillotina, sangre á cántaros,
Lamentarse el actor con frases gálicas
Juntas al español en necio diálogo;
Verémos.... ¡qué sé yo!.... Demonios, ángeles,
El juicio postrimero, el negro Tartaro.—
¡Y qué diré del edificio escénico,
Propio en todo rigor para funámbulos,
Fundado en calle estrecha, sin un pórtico
Donde abrigarse, y esquivar el rápido
Movimiento de un coche? ¡Oh gente estúpida,
Entronizada en el pescante elástico!
¡Cómo atropellas al pedestre misero,
Cómo enarbolas el sonante látigo!
En la puerta las gentes amontonanse;
Penetrar quiero, y el tropel tiránico
Me estruja, me revienta; casi exánime
Paso el umbral, vencido ya el obstáculo.
¡Qué me espera despues? Un olor fétido,
Y á guisa de caverna un largo tránsito,
Que con dudosa luz y aire mefítico
Conduce á los asientos diplomáticos.
Ya estoy en la luneta; ¡suerte pícaro!
Tócame un mal asiento, voto al chápito!
Entra, despues que yo, fornido sátropa,
Presenta un barrigón rotundo, báquico,
Cual de una iglesia la elevada cúpula,
Y al verle á par de mí, sufro cual Tántalo;
Encojo cuanto puedo el flaco estómago,
Él resopla ruidoso como el ábrego,
Y enderezando á mí la mole esférica,
Se adhiere más, é inmóviles quedámonos.
Hace un esfuerzo al fin el prócer sólido,
Y retira el enorme tabernáculo,
Y pasa, y libre soy; ¡qué sudorífico!
Si dura más, espiro como naufrago.
Próspero, ¡qué estrechez! Cuando el artifice,
Contra sana razón y el gusto itálico,
Construyó este embrión arquitectónico,
¡Eran los españoles como sábalos!
Mientras yo me repongo de las náuseas,
Que me excitó el gastrónomo fantástico,

En la grande *Cazuela*.... ¡voz ridícula!
Como si el bello sexo amable y plácido
Fuese potaje vil expuesto al público
En loza de Alcorcon; somos románticos....
En la cazuela, digo, horrible estrépito
Se oye y voces agudas en són áspero,
Cual suele don Cristóbal en los titeres
Agitarse y chillar como lunático.
¡Y qué han de hacer, amigo, aquellas miserables
En estrecho lugar inmundo y cálido,
Cual en barril arenques saladísimos,
Comprimidas, prensadas? ¡Oh selváticos!
Los que á las hembras adorais cual ídolos,
Los que su amor gozais tiernos y lánguidos,
¡Cual triste cuadro de afligidas ánimas
Podeis mirarlas con enjutos párpados?
De allí aparto los ojos, y volviéndolos
A más digno lugar, defectos bárbaros
Hallo también, los palcos estrechísimos,
Con luz escasa, con olor de pábilo;
Tiendas semejan de tratante misero,
Que hace en la feria su mezquino tráfico.
Aun te pudiera hablar de otros desórdenes
Que en la escena se notan con escándalo;
Empero basta ya para una epístola,
Y me canso además de buscar dáctilos.

ELEGÍAS.

I.

Á la muerte de la Duquesa de Frias.

(1830.)

Salud, campo sombrío;
Morada del silencio y de la muerte,
Salud; en tu recinto pavoroso
La pena exhalaré del pecho mio.
La soledad, el fúnebre reposo
De estas calladas tumbas, la tristura
Del erguido ciprés, el negro manto
Que la medrosa noche al aire tiende,
Caros objetos son á mi quebranto.
Cual triste meteoro aquí descende,
Sombra de Osian, y el arpa que tañias
Cuando en aciagos días
Cantabas de tu Oscar la desventura,
Y la temprana muerte de Malvina,
Suena más triste, y en el mármol hueco
De los sepulcros frios,
El canto del dolor repita el eco.
¡Qué valen ¡ay! la gracia peregrina,
La discrecion, el halagüeño encanto
De una beldad contra la Parca fiera?
Ella su brazo destructor levanta,
Y la belleza cae cual tierna planta,
Que destroza en la quinta placentera
El sañudo huracan. Así lozana
Cayó la dulce esposa
Del noble prócer, mi bondoso amigo,
Ayer ornato de la córte hispana,
Y hoy triste polvo. En orfandad llorosa
Del conyugal amor la cara prenda
Corre del padre al seno atormentado,
Y con él gimé, y á su madre llama.
En vano aguardas que tu voz atienda,
Niña inocente; el cielo ha separado
Con abismo profundo
Tu ternura y su amor; no se halla senda
Que de la eternidad torne á este mundo.
¡Y nunca, nunca en el salón brillante
Do competir se ven tantas bellezas,
Descollará cual palma la elegante,
La discreta *Piedad*! ¡Nunca en mi oído
Volverá á resonar aquel acento
Con que su labio el pecho conmovia,
Ya derramando en tierno sentimiento
Bálsamo de consuelo al afligido,

Ya inspirando la paz y la alegría
Cuando en tono festivo razonaba,
Y bella se mostraba
Como la aurora al anunciar el día!....
Así la vió brillar maravillado
El Bétis en su plácida ribera,
Y luégo el mar que las murallas baña
De la ciudad de Alcides,
Cuando la noble España
Juró no recibir ley extranjera,
Y opuso el pecho á las sangrientas lides.
Fué entónces de su esposo
Angel consolador, fué compañera
Impávida en el trance peligroso,
Cuando el cañon tronaba,
Y junto al puro lecho de Himeneo
La estrepitosa bomba reventaba.
Tras el carro triunfal de la victoria
La vió despues llegar el Manzanáres,
Ufana con la gloria
Del esposo feliz, que recobrando
Los perdidos hogares,
Su amor cantaba y sin igual ventura
Con dulce lira y con acento blando.
Ecos son hoy de duelo y amargura
Los que fueron de amor. Roto en el suelo
Yace el laud sonoro,
Y en la estancia ducal, ayer henchida
De placer inefable,
Y ya cubierta de enlutado velo,
Nunca se oirán pulsar las cuerdas de oro.
Mas ya por el desierto inmensurable
Del éter azulado
Guia la blanda luna silenciosa
El carro nacarado;
Con su pálida luz bañarse veo
El grande mausoleo
Donde por siempre la beldad reposa.
¡Es ilusion, ó inmóvil contemplando
El sarcófago triste allí aparece
Solitario un mortal? Hondo gemido
Se exhala de su pecho y me estremece.
De esposa el nombre tierno
Pronuncia con acento dolorido....
El es; ¡cuánta amargura
La viudez ha vertido en aquel pecho
Donde ántes se albergaba la ventura!
¡Consolarle podrá?... ¡Miserico amigo!
¡A qué en este lugar de olvido eterno,
De eterna desunion, buscar amores?
Todo lo devoró la tumba fria,
Insensible á gemidos y dolores.
Ella guarda también la prenda mia,
El fruto de mi amor. No hay esperanza,
No hay compasion aquí. — Ni yo la imploro;
Deja libre correr mi amargo lloro,
Que al pié del mármol, en oscura noche,
Ante el pálido espectro que horroriza,
Yo solitario espire,
Y que en la misma tumba sepultado
Donde yace mi bien, su pecho al mio
Se junte, y su ceniza á mi ceniza.
— Si en ciego desvario
Corre el triste mortal, arrebatado
De una pasion insana,
Cual leve arista por el raudo viento,
¡Qué vale la razon? Justo es, amigo,
Sentir, llorar; la gracia sobrehumana
Y la tierna bondad guarda esa tumba;
Mas ¡será tan acerbo el sentimiento,
Que tu pecho magnánimo sucumba?
¡Ay! sin tí, ¡qué sería
De esa inocente que el consuelo espera
De su padre no más? Torna á sus brazos;
Dejemos esta lúgubre morada,
Donde tu lastimera
Voz se pierde en el seno de la nada.
Un valé sempiterno
Di á tu querida esposa, y en ferviente
Plegaria, que hasta el trono del Eterno
Lleve la religion con lengua pura,

Pide que en lazo de inmortal ventura
Os estreche á los dos eternamente.

II.

EL SUICIDIO.

Ya con ceñuda frente
En el nebloso Tamesis reinaba
El invierno inclemente.
El turbulento mar ronco bramaba,
La tormenta anunciando,
Y á la flotante nave amenazando,
La nave que opulenta
Del Ganges remotísimo volvía
A saciar de Damon la sed del oro
En que su pecho codicioso ardía;
Mas vano es su esperar; que ya violento
El vendaval asalta al frágil pino,
Y le estrella en la playa peñascosa,
Y gentes y tesoro
Húndense en espumoso remolino.
Subido en la atalaya descollante,
Pálido y azorado,
Ve su barco Damon ya zozobrando....
Ve su fin desastrado;
Y cual de inculco bosque en la espesura
El rápido huracan brama deshecho,
Así el misero exhala de su pecho
El hirviente furor, y su fortuna
Frenético maldice una vez y otra,
Y vuelve á maldecir en ronco acento;
Hasta que al fin, cansado
De repetir al aire vanas quejas,
A su mansion camina despechado.
Allí su casta esposa,
Dechado de virtud y tierno afecto,
Le espera cuidadosa,
En ademán doliente suspirando,
Y al ver de su Damon el fiero aspecto,
Y los airados ojos centellando,
Tierno llanto derrama,
Y de su mal la causa le pregunta.
El con trémula voz, ¡no viste, exclama,
El mar sañudo hincharse,
Rugir, abrirse luégo, y mi navío,
Y mi dicha con él y mi esperanza
En sus hondas entrañas sepultarse?
«¡Y tu dicha, con él, y tu esperanza,
Repite la infeliz, y el amor mio
Aun á darte consuelo ya no alcanza?
¡Ay! cuán otro Damon era aquel día
En que eterno cariño me juraba
Al enlazar su mano con la mia.
Entónces no alentaba
Su pecho el interes; dichoso entónces
Conmigo y apacible,
Placer sólo y amor era su vida.
Mas luégo que á surcar el golfo horrible
Tras el oro lejano
Le enseñó, por mi mal, un falso amigo,
Fué al amor la riqueza preferida,
Al gozo la inquietud; y en vano, en vano
Con ruego cariñoso
Quise atajar la rápida violencia
De una servil pasion, que me robaba
El corazón amante de un esposo.

LETRILLAS.

I.

LA NUEVA NOMENCLATURA
GALO-HISPANA.

Dice, caro amigo,
Fabio el cortesano,
Que es el castellano

Pobre en la diction.
¡Mira qué aprension!

Y él del extranjero
Voces nuevas toma,
Fundé nuestro idioma,
Y hácele gascon.
¡Mira qué aprension!

Clase y jerarquía

Ella venció por fin.... ¡Y la opulencia
Anhelada lograste
En cambio del amor que abandonaste?
¡Ay! vuelve á la razon, vuelve al cariño,
Que brindándote están con mejor suerte.
La granja deleitosa
Y los fértiles campos que en su muerte
Dejó mi padre amado,
Te volverán la calma venturosa,
Que la instable fortuna te ha llevado.
Allí de la feraz naturaleza
Los dones cogéremos,
Y en rústica llaneza
Felices y envidiados viviremos.»
Cual suele en una noche tenebrosa
Brillante aparecer la blanca luna,
Saliendo de una nube tempestosa,
Luégo en otra esconderse,
Y en más densa tiniebla oscurecerse;
Así en tanto que suena
De la afligida esposa el tierno acento,
Rie la paz serena,
Y templa del avaro la fiereza.
Mas vuélvele á aquejar el pensamiento
De su fatal riqueza
Con doblado furor, y le domina,
Y sólo á muerte y destruccion le inclina.
No más, no más consuelo; arrebatado
El bárbaro consorte
Deja á su compañera y sus hogares,
Y de hierro mortal el brazo armado,
Lleva á un bosque vecino sus pesares.
¡Ay! detente, cruel, mira á tu esposa,
Mírala congojosa
Tu ausencia lamentar; vuelve, ¡infelice!....
¡Se engaña mi deseo,
O en medio de la selva ya le veo
Su planta detener sobresaltado
Al ruido estrepitoso del torrente,
Que arrebatadamente
Cae de aquel alto monte despeñado?
Héle inmóvil, y yerto y silencioso
Su estado contemplar; ora le espanta
Con su abismo insondable
La augusta eternidad, ora angustioso
A la posteridad lleva su mente,
Y allí ve á la justicia inexorable
Su memoria infamando,
Y horribles maldiciones
En su tumba desierta pronunciando.
Mas luégo en contrapuesta alternativa
Las gratas ilusiones
Del placentero amor se le presentan,
Y su ánimo enternecen abatido.
¡Ay! ¡cuál luchan con él y le atormentan
Encontradas pasiones!
Ya empieza con acento dolorido
Su martirio á exhalar.... Acude, vuela,
Esposa desdichada,
Arrójate á sus brazos desalada,
Y blanda y amorosa le consuela.
Mas ¡ay! en vano; que el feroz despecho
Ya le asalta otra vez y le enajena,
Y no hay consuelo á tan amarga pena....
¡Qué escucho? ¡El mortal golpe! ¡Justo cielo!
Damon yace en la tierra ensangrentado,
Y á su inocente esposa ha sepultado
En eterna viudez y desconsuelo.

Voces son del moro;
Rango es más sonoro,
Dice el fantasma.
¡Mira qué invencion!

Él ha introducido
Notabilidades,
Y capacidades,
Y cotizacion.
¡Mira qué aprension!

Usa *financiero*
Si habla de la hacienda,
No hay quien le comprenda,
Todo es confusión.
¡Mira qué invención!

Éntrome en la Bolsa,
Háblanme de *prima*,
Lúcas se me arcima,
Pídemme un *cupon*.
¡Mira qué aprensión!

Zoilo el periodista
Sigue la reforma,
Quiere dar la *norma*
En la locución.
¡Mira qué invención!

Llama á sus rivales
Seres *refractarios*,
Puros *doctrinarios*,
Gente de *fusion*.
¡Mira qué aprensión!

Brilla en la *polémica*;
Si algún su honor mancha,
Toma la *revancha*,
Ruge cual león.
¡Mira qué invención!

Club llama á la junta,
Ve la trama *sorda*,
Oyele que *aborda*
Franco la cuestión.
¡Mira qué aprensión!

Él nada pretende,
Los ministros huye,
Y se *constituye*
En la oposición.
¡Mira qué invención!

Hay en la política
Marcha acelerada,
Marcha retardada,
Y emancipación.
¡Mira qué aprensión!

Hay oscurantismo,
Tabla de derechos;
Hay rampantes pechos
Hijos de opresión.
¡Mira qué invención!

¡Ves los corazones
Cómo fraternizan?
Todos simpatizan,
Todo es efusión!
¡Mira qué aprensión!

¡Dices que no entiendes
Esta algarabía?
Hombre, si es del día,
Lengua de *fusion*.
Ya que la extranjera
Hueste allá no asoma,
Hay en el idioma
Franca intervención.

II.

A UNA POETISA.

No siempre á la hermosura
Da generoso el cielo
Las dotes peregrinas
De animador ingenio;
Es la beldad entonces
Flor linda en un desierto,
Que aromas no respira,
Ni enciende los deseos.
Empero si se hermanan

DON EUGENIO DE TAPIA.

Las gracias y el talento,
Es joya la hermosura
De inestimable precio.
Cuando tu linda mano
Pulsa el sonoro plectro,
Y ensalza de la patria
Esclarecidos hechos;
El corazón se enciende
Con palpitante anhelo,
Y de la lid ansia
El pavoroso estruendo.
De tu elocuente labio
Brotan sonoros versos,
Que excitan las pasiones
Del agitado pecho.
Yo embelesado escucho
Tus mágicos acentos;
Y arrebatado á veces
Exclamo enloqueciendo:
¡Oh si en mi pecho ardiese
El juvenil incendio
Que versos me dictaba
En más felices tiempos,
Yo de tu dulce lira
Siguiera el noble ejemplo!

III.

EL ESCRITOR MALDICIENTE.

Imitando á fray Gerundio
Pedantino el deslenguado,
Los estudios ha dejado,
Y se ha metido á escritor;
¡Ay demonio de señor!

Él no sabe ciencia alguna,
Ni humanidades siquiera,
Y con tan pobre mollera
Pretende ser orador.
¡Ay demonio de escritor!

Á un periódico abastece,
Y á fuerza de petulancia,
Quiere suplir su ignorancia
Echándola de doctor.
¡Ay demonio de señor!

Ora toma por su cuenta
Al caudillo que derrama
Su noble sangre, y le llama
Cobarde, necio y traidor.
¡Ay demonio de escritor!

No sabe sumar, y escribe
De economía y de hacienda;
¡Habrà cristiano que entienda
La jerga de este hablador?
¡Ay demonio de señor!

Llama pícaro al ministro
Que no le ha dado un empleo;
No le anima otro deseo
Que hacerse rico y señor.
¡Ay demonio de escritor!

Á reformar los estudios
Su pluma de ganso vuela,
El pedante de la escuela
Se vuelve fiero censor.
¡Ay demonio de señor!

Él sólo entiende de planes,
Á todos bárbaros llama;
Las desvergüenzas derrama
Como arriero jurador.
¡Ay demonio de escritor!

El mayor deleite, en suma,
De este animal furibundo,
Es tratar á todo el mundo

Como al toro el picador.
¡Ay demonio de señor!

Pero ya le vuelve el mundo
Las tornas, y le desprecia,
Y llama á su pluma necia,
Y á él insulso detractor.
Vaya al diablo el escritor.

ROMANCES.

I.

EL MAR EN ESTÍO.

Huyendo del rayo ardiente
Que el sol á la tierra lanza,
Busco, oh mar, en tus riberas
La fresca regalada.
¡Oh cuán sosegado ahora
Con tus ondas azuladas,
Roncamente murmurando,
Llegas á besar la playa!
Luego esquivo te retiras,
Mas en volver poco tardas,
Y nuevamente la arena
Cubres de espuma y la bañas.
Rizando la superficie
De tus cristalinas aguas,
Vuela el céfiro, y refresca
Después la tierra agostada.
Mi pecho ansioso le aspira;
¡Cuál su aliento me regala,
Templando el hirviente fuego
Que en mis venas circulaba!
Mas ya los linos hinchendo,
Hace que las naves partan,
Y oprimen las corvas quillas
Del mar la cerúlea espalda.
¡Cuál vuelan! ¡Con cuánta pompa,
Cual si en el golfo reináran,
Le cruzan, y en triunfo llevan
La bandera desplegada!
El cielo benigno os guía,
Y allá en las remotas playas
No encontréis, en vez del oro,
Guerra ó dolencias infaustas.
Más humildes y más cuerdos,
Otros en ligeras barcas,
Aquí, sin perder de vista
Su familia y su cabaña,
Y sus corrientes parecen
Raudales de pura plata.
Corren entonces alegres
Mil jóvenes á la playa,
Que durante el largo día
Ardorosos palpitan.
Con presteza, de sus hombros
Sueltan la enojosa Holanda,
Y cual ágiles atletas
En el piélago se lanzan.
Cortan nadando las olas,
Y una confusa algazara
Se mezcla al ronco murmullo
Del mar que las rocas baña.
En otra parte, festivas,
Y hermosas como las Gracias,
Las ninfas al mar se entregan,
Y él las mece y las halaga.
Mas de repente maligno
Hincha sus olas y brama,
Y á la ribera arenosa
Ellas huyen espantadas.
Así las blancas palomas,
Cuando el milano amenaza,
A su pacífico albergue
Con vuelo rápido marchan.
No extrañéis, ciegas beldades,
Que con súbita mudanza
La aparente mansedumbre

ROMANCES.

Del mar se convierta en saña.
¡Qué es vuestro pecho inconstante,
Sino imagen que retrata
De ese voluble elemento
Las vicisitudes varias?
Ora escuchais cariñosas
Las lisonjeras palabras
Del amante enternecido,
Y todo es gozo y bonanza;
Ora los rabiosos celos
Os alucinan y ensañan,
Y á veces por mero antojo
Alarde haceis de inhumanas.
¡Feliz sólo el que en los brazos
De una esposa dulce y casta
Ve deslizarse las horas,
Que cual leves sombras pasan!
Un puro amor los estrecha;
No turban sus quietas almas,
Ni el recelo tormentoso
Ni la pérdida inconstancia.
Bendice su union el cielo;
En prole inocente y grata
El amor se reproduce
Que á los consortes abrasa.
Así tranquilos el valle
Cruzan de esta vida amarga,
Cual arroyo cristalino
Que manso las flores baña;
Y no como el mar undoso,
Imagen de la inconstancia,
Que ya se ofrece risueño,
Ya rugiendo al orbe espanta.

II.

EL SOLITARIO.

En los agostados campos
Reinaba el estío ardiente,
Y un aura blanda mecía
Los rubios dones de Ceres.
Hunde en el nublado ocaso
El sol su dorada frente,
Y la tormenta en el aire
Su velo funebre tiende.
Entre tanto por un valle,
Donde no hay humano albergue,
Marcha el guerrero Gonzalo,
Solo, abatido y doliente.
Viste pavonada cota,
Y de la cimera penden
Negras plumas, demostrando
El duelo amargo que siente.
Lleva en la caja su lanza,
Que un alto pino parece,
Con morada banderola,
Que el céfiro apenas mueve.
Todo es yermo solitario
Do quiera los ojos vuelve
El adalid, y no léjos
Ve una montaña eminente.
Pero ya el trueno en el valle
Retumba, se inflama el éter,
Y cae serpeando el rayo,
Y el pino erguido se enciende.
Bufa el brido espantado,
Clávale el noble jinete
La espuela, y al pié de un cerro
Veloz llega y se detiene.
Otra vez horrído estalla
El trueno, y súbitamente
Rásgase la negra nube,
Y el agua cae á torrentes.
Bajo un roble corpulento
El adalid se defiende,
Y un edificio en la cumbre
Del monte ver le parece.
Entre resinosas jaras
Sube y peñascos pendientes,
Y un arruinado castillo

A la vista se le ofrece.
Pálida alumbra la luna,
Que sale del turbio Oriente,
Aquel sitio pavoroso,
Digna mansion de la muerte.
De un lado y otro Gonzalo
Los inquietos ojos vuelve,
Y encaminase á una puerta
Que mira cerrada al frente.
Con el cuento de la lanza
Pulsa, y respondiéndole en breve
Un anciano respetable,
Preséntase cortésmente.
De su macilento rostro
Barba plateada pende,
Y sus macerados miembros
Cubre sayal penitente.
«¡Quién es, dice, el que perdido
Auxilio buscando viene?
—Un caballero cristiano
A quien persigue la suerte,
Repone el huésped.— Si alivio
Un anciano daros puede
Que del pesar en la escuela
Ha aprendido á condolerse,
Entrad, señor, que á lo ménos
Paz hallaréis en mi albergue,
Y quien serviros procure
Con voluntad obediente.
— El cielo tantas bondades,
Responde el guerrero, premie»;
Y saltando en tierra, abraza
Al anciano estrechamente.
Puesto el brido á recaudo,
Una escalera descienden,
Que á la estancia conducía
Donde el solitario duerme.
Allá en la bóveda oscura
Crujir se oye roncamente
La armadura de Gonzalo
Cuando sus plantas se mueven.
En el fondo de la estancia
Arde una luz tristemente,
Y á su reflejo sombrío
La cruz sagrada aparece.
Rústico asiento, labrado
Por sus manos toscamente,
A Gonzalo el cenobita
Para descansar ofrece.
Deja el escudo y la lanza,
Y siéntase, y hondamente
Suspirando, así da rienda
Al martirio que padece:
«¡Feliz, venerable anciano,
Quien, de los hombres alevés
Huyendo, en la soledad
Goza tranquilos placeres!
Y no como el desdichado
Que no halla quien le consuele,
Y gravemente ofendido,
Su triste vida aborrece.»
Al decir esto suspira,
Y alto silencio sucede,
Como el que reina en la tierra
Antes que la nube truene.
«Así mi pecho agitado,
Le replica el penitente,
Fué un tiempo víctima triste
De las pasiones crüeles;
Mas pronto, desengañado
De venturas aparentes,
Que cual sirenas halagan,
Y con su encanto nos pierden,
Busqué en estas soledades
El puro y almo deleite
Que otorga el cielo á quien huye
De los mundanales bienes.
Pero desahogad conmigo,
Señor, el pecho doliente,
Si el mal que le martiriza
Este anciano saber puede.
— Amor, responde Gonzalo,